

rina la que se puso á coser á los dos amantes dentro del mismo sudario, en una gran pieza de seda blanca, con la que parecían vestidos con la misma ropa de boda, la ropa alegre y pura de su unión.

Después se acercaron dos criados y ayudaron á Pedro y á don Vigilio para colocar los dos cadáveres en el primer ataúd de madera de pino y tapizado de satén de color de rosa; no era mucho mayor que los ataúdes ordinarios, de tal modo eran jóvenes los dos amantes, de esbelta elegancia y de tal manera los unía su abrazo, que no formaban más que un solo cuerpo. Cuando estuvieron acomodados allí, continuaron su eterno sueño con la cabeza medio vuelta entre sus olorosas cabelleras que se confundían. Y cuando ese primer ataúd quedó encerrado en el segundo de plomo, y después en el tercero de encina, después de que los tres estuvieron soldados y cerrados, se siguió viendo los rostros de los dos amantes por la redonda abertura provista de un grueso cristal y practicada, según la costumbre romana, en los tres ataúdes. Y para siempre separados de los vivientes, solos en el fondo de aquel triple ataúd, veíanse como siempre, mirándose sin cesar con sus ojos obstinadamente abiertos y teniendo delante toda la eternidad para agotar su amor infinito.

XVI

Al día siguiente al regresar del cementerio y después del entierro, almorzó Pedro solo en su cuarto, reservándose para más tarde el despedirse de *donna* Serafina y del cardenal. Se marchaba de Roma por la noche en el tren de las diez y diecisiete. No le detenía ya nada y no le quedaba que hacer más que una visita imprescindible, deseada por su corazón, la última visita al anciano conde Orlando, el héroe de la independencia, al cual había hecho la promesa de no regresar á París, sin ir antes á celebrar con él una larga entrevista. A eso de las dos mandó buscar un carruaje de punto y éste le llevó á la calle del Veinte de Septiembre.

Había estado lloviendo toda la noche con una lluvia menuda, cuya humedad envolvía toda la ciudad con un vapor gris. Esa lluvia cesó, pero el cielo continuaba aún muy encapotado, y los grandes palacios de la calle del Veinte de Septiembre tenían, bajo ese cielo de Diciembre, fachadas sombrías, lívidas, de interminable melancolía, con sus balcones todos iguales, sus hileras de ventanas regulares que no acababan nunca

El ministerio de Hacienda sobre todo, es decir, aquel enorme amontonamiento de albañilería y de esculturas, adquiría con semejante luz una apariencia de ciudad muerta, la tristeza infinita de un gran cuerpo exangüe del que se había retirado la vida.

La lluvia dulcificó el aire y hacía casi calor, una tibieza húmeda de fiebre.

Al llegar al vestíbulo del hotelito de Prada, quedóse muy sorprendido Pedro al encontrarse con cuatro ó cinco señores que se quitaban los abrigos. Un criado le dijo que el señor conde tenía una reunión con unos contratistas y destajistas; pero que puesto que el señor abate iba á visitar al padre del señor conde, no tenía que hacer más que subir al tercer piso y allí dirigirse á la puertecita que había á la derecha del descansillo.

Pero al llegar al primer piso se encontró Pedro bruscamente cara á cara con el conde de Prada, que recibía á sus destajistas. Y se cercioró de que, al reconocerle, se ponía horrorosamente pálido. Después del drama espantoso no se habían vuelto á ver.

El presbítero comprendió inmediatamente que su mirada producía una turbación muy grande á aquel hombre, que suscitaba recuerdos importunos de complicidad moral y de mortal inquietud por haber sido adivinado.

—Venís á verme, ¿tenéis que decirme alguna cosa?

—No, me marchó y vengo á despedirme de vuestro padre.

La palidez de Prada fué en aumento y un estremecimiento agitó todo su rostro.

—¡Ah! ¡Es mi padre! Está muy delicado... tratadle con miramiento.

Y en su angustia confesaba claramente, á pesar suyo, todo lo que tenía, una palabra imprudente, tal vez una postrera misión, la maldición de aquella mujer y de aquel hombre á los que había matado. Si había algo de eso, su padre se moriría también con seguridad.

—¡Ah! ¡Cuánto lo siento y cómo me contraría el no poder subir con vosotros! Pero estos señores me están esperando... ¡Dios mío, qué contrariedad! En cuanto pueda iré á reunirme con vosotros, ¡oh! En seguida... inmediatamente.

No sabiendo cómo detenerle, era preciso que le dejase que se encontrase á solas con su padre, mientras que él tenía que estar clavado allí por sus negocios y contratas que iban de mal en peor. ¡Y con qué mirada de angustia le contempló mientras subía, y cómo le suplicó con todo su estremecimiento! ¡Su padre, el único cariño verdadero, la gran pasión pura y fiel de su vida!

—No le hagáis hablar mucho y distraedle, quedamos en eso, ¿no es verdad?

Arriba no fué Bautista, el veterano soldado tan adicto á su amo, el que salió á abrirle la puerta, sino un hombre muy joven en el que Pedro no se fijó al principio. Encontró el gabinete como siempre, tan sencillo, tan blanco, con su modesto papel claro de florecitas azules, su humilde cama de hierro detrás de un biombo, sus cuatro tablas colgadas en la pared sirviendo de biblioteca, su mesa de madera negra y sus dos sillas de asiento de anea por todo mobiliario.

Y por la ancha ventana sin cortinas, veíase siempre el mismo panorama de Roma, toda esta, hasta los lejanos árboles del Janículo, una Roma aplastada aquel día bajo un cielo de plomo é invadida por la sombra de una pesada tristeza. El viejo Orlando no había cambiado empero, con su hermosa cabeza de león encanecida, su gesto poderoso, sus ojos de juventud que tenían aún el fulgor de las pasiones que habían rugido en su alma de fuego.

Pedro le encontró sentado en el mismo sillón, al lado de la misma mesa cubierta también de periódicos, las piernas envueltas, sepultadas en la misma manta negra, como si aquellas piernas muertas le hubiesen inmovilizado allí en una funda de piedra, hasta el extremo de que pasados meses, años de distancia, se tenía la seguridad de encontrarle sin ningún cambio posible, con su busto viviente, su rostro que estallaba de fuerza y de inteligencia.

Aquel día gris, triste, parecía sin embargo influir en él, pues estaba abatido y tenía el rostro sombrío.

—¡Ah! Ya estás aquí, señor Froment. Hace tres días que me estoy acordando de vos y vivo los atroces días que debisteis sufrir en ese trágico palacio Bocconera. ¡Dios mío! ¡Qué duelo más espantoso! Tengo el corazón trastor-

nado, y estos periódicos acaban de trastornarme el alma con los nuevos detalles que dan.

Y señaló los periódicos esparcidos sobre la mesa, apartando después con el gesto esa sombría historia, esa imagen de Benedetta que le perseguía como una obsesión.

—Vamos ¿y vos?

—Me marchó esta noche y no quise abandonar á Roma sin estrechar vuestras manos valerosas.

—Os marcháis ¿y vuestro libro?

—Mi libro... Me recibió el Santo Padre y me sometió, reprobando mi libro.

Contempló Orlando con fijeza. Reinó un corto silencio durante el cual sus ojos se fijaron acerca del caso todo lo que tenían que decir. Y ni el uno ni el otro tenían necesidad de una explicación más amplia. El anciano dijo sencillamente á manera de conclusión:

—Hicisteis muy bien, porque vuestro libro era una quimera.

—Sí, una quimera, una niñería que yo mismo condené en nombre de la verdad y de la razón.

Una sonrisa reapareció en los labios dolorosos del héroe aniquilado.

—Entonces, ¿habéis visto, comprendéis y sabéis ahora?...

—Sí, ya sé, y esa es la razón que hizo que no quisiese marcharme sin sostener antes con vos la franca y leal conversación á que estábamos comprometidos.

Fué aquello una alegría para Orlando; pero de pronto pareció que se acordaba de aquel joven que había ido á abrir la puerta y que ocupaba otra vez modestamente su sitio en una silla, aparte, á un lado, al pie de la ventana. Era casi un adolescente, apenas tenía veinte años, y de un tipo de belleza rubia como florece á veces en Nápoles, con el largo cabello hecho bucles, tez color de lirio, boca de rosa y los ojos sobre todo de una languidez soñadora y de una dulzura infinita. Y el anciano conde lo presentó paternalmente.

Angiolo Mascara, el nieto de uno de sus antiguos compañeros de armas, del épico Mascara de los Mil, que había muerto como un héroe con el cuerpo atravesado por cien heridas.

—Le hago venir para sermonearle,—siguió diciendo son-

riendo.—¡Imagináos que este mozalbele con sus aires de muchacha, ha dado por apasionarse por ideas nuevas! ¡Es anarquista! Figura entre las tres ó cuatro docenas de anarquistas que tenemos en Italia. En el fondo es un buen muchacho, que no tiene más que á su madre, á la que mantiene, gracias al empleo que le han dado y del que le echarán cualquier día de estos. Vamos, hijo mío, es preciso que me prometas ser razonable.

—Soy razonable; no lo son los otros, todos los demás. Cuando todos los hombres sean razonables, querrán la verdad y la justicia y el mundo será feliz.

—¡Ah! ¿Creéis que cederá?—exclamó Orlando.—¡Ah! ¡Pobre hijo mío! ¡La justicia, la verdad! Pregúntale al señor abate si sabe en dónde están. ¡En fin, es preciso darte tiempo para que vivas y lo veas y comprendas todo!

Y sin ocuparse más de Angiolo, se volvió hacia Pedro. Angiolo se estuvo quieto y silencioso en su rincón con aire muy prudente, fijando con ansia sus ojos en los dos interlocutores y con las orejas abiertas y estremecidas para no perder ni una sola palabra de lo que iban á decir.

—Bien os dije yo, querido señor Froment, que vuestras ideas cambiarían y que el conocimiento de Roma haría que adquirieseis ideas más exactas, y que esto se conseguiría así mucho mejor que con cuantos discursos hubiese hecho tratando de convenceros. Jamás dudé que retiraríais vuestro libro de buen grado, como quien cometió un error más ó menos grave, y en cuanto las cosas y los hombres os hubiesen enterado acerca del Vaticano... Pero ¿no es verdad que será lo mejor? Dejemos á un lado el Vaticano, pues que por allí no hay nada que hacer más que dejarle que se vaya derrumbando en su lenta é inevitable ruina. Lo que me interesa á mí, lo que me apasiona aún, es la Roma italiana, nuestra Roma tan amorosamente conquistada, tan febrilmente resucitada, á la que tratáis como cantidad sin valor, y á la que visteis y examinasteis, de manera que podemos hablar de ella como personas que se comprenden, ahora que ya la conocéis.

A continuación concedió mucho, confesó las faltas cometidas, reconoció el estado deplorable de la Hacienda,

las graves dificultades de todas clases como hombre inepto y de buen sentido que, imposibilitado por la parálisis y alejado de la lucha, disponía de días enteros para reflexionar é inquietarse. ¡Ah! ¡Su conquista! ¡Su Italia adorada, por la que diera aún la sangre de sus venas, por qué mortales inquietudes, por qué indecibles sufrimientos estaba pasando aún!

Pecaron por legítimo orgullo, anduvieron muy de prisa queriendo improvisar un gran pueblo, soñando convertir á Roma en una gran capital moderna con sólo hacer un movimiento con la varita. Y de ahí esa locura de los barrios nuevos, esa loca desenfadada especulación sobre terrenos y edificios que llevó á la nación á dos dedos de la bancarrota.

Pedro le interrumpió con mucha dulzura para decirle la fórmula que ideara acerca de Roma, después de sus paseos y de sus estudios.

—¡Oh! Esa fiebre, esa ansia del despojo, cálido aun de primera hora, ese desastre financiero, no son nada, porque las heridas del dinero se restañan; pero lo más grave es que vuestra Italia está aún por hacer... Aquí no hay aristocracia, no hay pueblo, no se ve más que una burguesía, una clase media nacida ayer con apetito tan devorador, que segará en hierba la rica recolección futura.

Quedáronse silenciosos, y Orlando meneó tristemente la cabeza de león viejo en adelante impotente. La clara dureza de la fórmula le hirió en el corazón.

—Sí, sí, eso es; juzgastes bien. ¿A qué mentir y á qué decir que no, cuando los hechos están ahí evidentes á los ojos de todos? Esa burguesía ¡Dios mío! esa clase media, de la que ya os hablé, tan codiciosa de empleos, colocaciones, honores, distinciones, devorada por el afán de figurar, y con esto tan avara, tan desconfiada para su dinero que lo coloca en los Bancos, sin quererlo arriesgar nunca en el comercio ó en la industria, abrasada por la única necesidad de gozar sin hacer nada, con tan poca inteligencia que no ve que mata á su país con su asco al trabajo, su desprecio al pueblo, su única pasión de vivir modestamente tomando el sol y con el humillo de vanidad de pertenecer á una corporación ú oficina cualquiera... Y esa aristocracia que se muere, ese patriciado sin corona, arruinado,

herido además con el bastardeamiento de las razas que concluyen; el mayor número de sus miembros reducidos á la miseria, los otros, los contados que han conservado su dinero, están abrumados por impuestos demasiado gravosos, no pudiendo contar más que con fortunas muertas, incapaces de renovación, disminuidas por las continuas particiones entre herederos y destinadas á desaparecer con los mismos príncipes entre el hundimiento de sus palacios vetustos, hoy completamente inútiles... Y por último, el pueblo, ese pobre pueblo que ha sufrido tanto, que sufre aún, pero que está tan acostumbrado á sufrir que parece que no concibe siquiera la idea de salir de su miseria, que es ciego y sordo, llevando las cosas tal vez hasta el extremo de echar de menos la antigua esclavitud, con el atontamiento estúpido de bestia en un estercolero, con una ignorancia total, la ignorancia abominable que es la causa de su miseria, sin esperanza, sin mañana, sin ese consuelo de comprender que esta Italia, esta Roma son para él, y que sólo para él las hemos conquistado y tratamos de resucitarlas con su antigua gloria... Sí, sí, la aristocracia pasó, no hay aún pueblo, y la burguesía, la clase media no produce más que inquietudes, ¿cómo no dejarse arrastrar á las veces por el pesimismo, de los que pretenden que todas nuestras desgracias no son nada aun, que caminamos á catástrofes mucho más tremendas, como si no estuviéramos más que en los primeros síntomas del fin de nuestra raza, precursores de nuestra desaparición total!

Al decir esto levantó hacia la ventana, hacia la luz sus brazos temblorosos; y Pedro, nuevamente conmovido, se acordó de ese mismo gesto suplicante que había visto hacer la víspera al cardenal Boccanera en su llamamiento al poder divino. Ambos, tan opuestos en sus creencias, tenían la misma grandeza desesperada y bravía.

—Os lo dije el primer día; no hemos querido, sin embargo, más que las cosas lógicas é inevitables de esta Roma con su pasado de esplendor y de dominación, que nos abruma tan pesadamente, no podíamos dejar de tomarla como capital, porque ella sola era el lazo, el símbolo viviente de nuestra unidad, al mismo tiempo que la promesa de eternidad, la primavera de nuestro gran sueño de resurrección y de gloria

Continuó reconociendo todas las desastrosas condiciones de Roma capital; una ciudad de adorno, con suelo agotado que permaneció apartada del movimiento moderno, una ciudad malsana, sin industria ni comercio posibles, invenciblemente invadida por la muerte en medio del desierto estéril de su campiña.

La mostró luego ante las otras capitales que la envidian; Florencia, que llegó á ser tan indiferente tan excéptica, con un buen humor de indolencia venturosa inexplicable después de las pasiones frenéticas y de las oleadas de sangre de su historia; Nápoles, á la que basta aún su límpido cielo con su pueblo niño y que no sabe si debe quejarse de su ignorancia y de su miseria puesto que parece que goza tan perezosamente; Venecia, resignada á no ser más que una maravilla del arte antiguo, que debería colocarse bajo una campana de cristal para que se conservase intacta y adormecida en el fausto y en la soberanía de sus anales; Génova, entregada por completo á su comercio, activa y ruidosa, una de las últimas reinas del Mediterráneo, de esse hoy lago ínfimo que en tiempos fué mar opulento, centro en el que se amontonaron las riquezas del mundo; Turín y Milán sobre todo, las industriales, las comerciales, tan llenas de vida, tan modernizadas que los turistas las desdeñan no considerándolas ciudades italianas, salvadas ambas del sueño de las ruinas y dentro de la evolución occidental que prepara el siglo próximo.

¡Ah! ¿Sería preciso dejar que esa Italia antigua se fuese hundiendo, semejante á un polvoriento museo y para consuelo y placer de las almas artistas, como sucede con las pequeñas ciudades de Gran Grecia, de la Umbría y de la Toscana semejantes á esas antiguallas exquisitas que nadie se atreve á restaurar por temor á echar á perder el carácter que tienen?

O la muerte próxima é inevitable, ó el pico de los demolidores, los muros medio derruidos derribados al suelo, creándose por todas partes ciudades de trabajo, de ciencia, de higiene, en fin una Italia nueva que saliese verdaderamente de sus cenizas hecha para la nueva civilización en que entra la humanidad!

—Pero ¿á qué desesperar?—añadió con tesón.—Por mucho que Roma pese sobre nuestros hombros no por eso

deja de ser la cabeza que hemos querido. Estemos, permanezcamos pues esperando los acontecimientos. A parte de esto, si la población ha dejado de aumentar, si quedó estacionaria en unas cuatrocientas mil almas aproximadamente, esa oleada ascendente puede continuar el día en que desaparezcan las causas que la detuvieron. Cometimos la torpeza de creer que Roma iba á ser un Berlín, un París, más al presente parecen oponerse á ello una porción de condiciones sociales, históricas y hasta técnicas; pero quién sabe las sorpresas que nos reserva el mañana ¿acaso no debe infundirnos esperanza la sangre que circula por nuestras venas, esa sangre de los antiguos conquistadores del mundo? Yo, que no me muevo de esta habitación, con mis dos piernas muertas, que estoy aniquilado, postrado, tengo horas en que la locura se apodera de mí, en que creo en Roma como en mi madre, en que la veo invencible, inmortal, y en las que espero á los dos millones de habitantes que deben venir á poblar esos tristes barrios nuevos que visitasteis encontrándolos arruinados y vacíos ya. Indudablemente vendrán ¿y por qué no han de venir? Ya veréis, ya veréis cómo se puebla todo y será necesario construir aún más. Y, después, francamente ¿se puede decir que una nación es pobre cuando posee la Lombardia? ¿No es también de una riqueza inagotable nuestro Mediodía? ¡Dejad que se haga la paz y el Norte se fundirá con el Mediodía y será toda una generación de trabajadores y puesto que el suelo es tan fértil será necesario que algún día crezca la gran recolección esperada y se madure bajo el sol ardiente!

El entusiasmo le impulsaba y un arranque de juventud iluminó sus ojos. Pedro se sonrió; le había conquistado y, cuando pudo hablar, dijo á su vez:

—Es preciso empezar el problema por abajo, por el pueblo. Es preciso hacer hombres.

—¡Perfectamente! ¡Eso es!—exclamó Orlando.—No dejo de decirlo: es preciso hacer Italia. Se diría que el viento del Este se llevó á otra parte, muy lejos de nuestra tierra la semilla de los pueblos vigorosos y potentes. No es nuestro pueblo como el vuestro, como el francés, un depósito de hombres y de dinero en el que se puede coger á manos llenas. Ese es el depósito inagotable que quisiera

crear entre nosotros. Por eso es por lo que hay que obrar de abajo arriba; escuelas en todas partes, la ignorancia expulsada, la brutalidad y la pereza combatidas con los libros; la instrucción moral y material que nos darán ese pueblo trabajador que tanta falta nos hace, si no queremos desaparecer del concierto de las grandes naciones. Lo digo aún á veces ¿para quién hemos trabajado apoderándonos de Roma y queriendo crearla una tercera aureola, si no es para la democracia de mañana? ¡Y cómo se explica que todo se hunda y que nada crezca ni arraigue con vigor desde el momento en que esa democracia está radicalmente ausente? Sí, la solución del problema no está en otra parte. ¡Crear un pueblo! ¡Crear una democracia italiana!

Pedro se calmó é inquieto no se atrevió á decir que una nación no se modificaba tan fácilmente, y que Italia era lo que el suelo, la raza y la historia habían hecho de ella, y quererla transformar de repente, podía ser una tarea peligrosa. Los pueblos, lo mismo que las criaturas, ¿no tienen una juventud activa, una edad moderna resplandeciente, una vejez más ó menos lenta, que va á parar á la muerte? ¡Una Roma moderna, democrática! ¡Gran Dios! Las Romas modernas se llaman París, Londres, Chicago. Por esto se limitó á decir prodentemente:

—Pero mientras esperáis ese gran trabajo de renovación por el pueblo, ¿no os parece que obraríais muy acertadamente siendo prudentes? Vuestra Hacienda está en muy mal estado, atravesáis graves dificultades sociales y económicas y corréis el riesgo de sufrir aún peores catástrofes antes de tener hombres y dinero. ¡Ah! ¡Qué hombre más prudente sería aquel de vuestros ministros que dijese en la tribuna: «Nuestro orgullo se equivocó; hemos cometido un grave error al querer improvisar una gran nación de la noche á la mañana, cuando hace falta más tiempo, trabajo y paciencia, y consentimos en no ser por ahora más que un pueblo joven que se recoge y trabaja en su rincón para fortificarse sin querer desempeñar hasta dentro de bastante tiempo un papel dominador; y desarmarnos, borrarlos del presupuesto de Guerra, del de Marina, todos los presupuestos de ostentación exterior para no consagrarnos más que á la prosperidad interior, á la instrucción, á la

educación física y moral del gran pueblo que juramos seremos dentro de cincuenta años.» Sí, contenerse; contenerse, vuestra salvación está en eso.

Orlando le escuchó poniéndose sombrío otra vez y entregándose á una ansiosa cavilación. Hizo un gesto cansado y vago, diciendo á media voz:

—¡No! ¡No! Darían una grito al ministro que se atreviese á decir semejante cosa. Sería una confesión demasiado dura, que no se puede pedir á un pueblo. Los corazones saltarían, se saldrían de los pechos. Y además, ¿no sería más grande el peligro si se dejase que se viniese abajo todo lo hecho hasta aquí? ¡Cuántas esperanzas abortadas! ¡Cuántas ruinas! ¡Cuántos materiales inútilmente esparcidos! No, no nos podemos salvar más que con paciencia y valor. ¡Adelante! ¡Adelante siempre! Somos un pueblo muy joven y hemos querido hacer en cincuenta años la unidad para la que otras naciones necesitaron doscientos años. Pues bien, hay que pagar esa prisa, es preciso esperar á que la recolección esté á punto, que madure para llenar nuestras granjas.

Con un nuevo gesto pareció encerrarse en su esperanza.

—Ya sabéis que nunca fui partidario de la alianza con Alemania. Conforme predije, nos arruinó. No tenemos aún estatura para ir en compañía de tan rica y poderosa persona; á causa de esa guerra, á cada momento esperada, inevitable y sin cesar próxima, es por lo que sufrimos tan cruelmente con nuestros presupuestos de gran nación que nos aplastan. ¡Ah! Esa guerra, que no ha venido, consumió lo mejor de nuestra sangre, de nuestra savia y de nuestro oro y sin provecho alguno. Hoy no tenemos que hacer más que romper con una aliada que engañó nuestro orgullo, sin que nunca nos haya servido para nada y sin que la debamos más que desconfianzas y malos consejos. Pero todo eso era inevitable, y es de lo que no quieren convencerse en Francia. Puedo hablar con entera libertad, porque soy amigo declarado de Francia, y hasta me miran aquí por lo mismo con cierta prevención. Explicádselo á vuestros compatriotas, puesto que se empeñan en no quererlo comprender, que al día siguiente de la conquista de Roma y con nuestro deseo frenético de recobrar el rango

de antaño, necesitábamos desempeñar nuestro papel en Europa, afirmarnos como potencia con la que se tendría que contar en adelante. Y la vacilación no estaba permitida; todos nuestros intereses parecían impulsarnos hacia Alemania, pues había en todo ello una cegadora evidencia que se imponía. La dura ley de la lucha por la vida, pesa sobre los pueblos tan fatalmente como sobre los individuos: esto es lo que explica y justifica la ruptura de las dos hermanas, el olvido de tantos lazos comunes, de la raza, de las relaciones comerciales y hasta si queréis, de los servicios prestados... Las dos hermanas ¡sí! que ahora se desgarran mutuamente, que se persiguen con un rencor tal, que de una y otra parte, no parece sino que se perdió el sentido común. Mi viejo corazón sangra con ese sufrimiento cuando lee los artículos de vuestros periódicos y de los nuestros que se cambian como flechas envenenadas. ¿Cuándo cesará esa fratricida matanza? ¿Cuál de las dos será la primera que comprenda la necesidad de la paz, de esa alianza de las razas latinas que se impone, si es que quieren vivir, ante la oleada cada vez más invasora de las otras razas?

Y alegremente, con su aire bonachón, de héroe desarmado por la edad y refugiado en la meditación, añadió:

—¡Vamos! Me vais á prometer, querido señor Froment, ayudarme en cuanto volváis á París. Juradme que en vuestra esfera de acción por muy restringida que sea, trabajaréis para hacer la paz entre Francia é Italia, porque no hay tarea más santa que esa. Pasasteis tres meses á nuestro lado y podréis decir lo que habéis visto y oído, ¡oh! y con entera franqueza. Si hemos cometido errores no estáis tampoco exentos de ellos. ¡Y qué diablos! ¡Las disputas entre familia no pueden ser eternas!

—Sin duda,—respondió Pedro,—pero por desgracia esas disputas son las más tenaces. En las familias cuando la sangre se exaspera contra la sangre, se llega á veces hasta el veneno y el puñal. No hay perdón posible.

Y no se atrevió á decir lo que pensaba. Desde que estaba en Roma y escuchaba y juzgaba esa querrela entre Francia é Italia se resumía en un hermoso cuento trágico.

Había una vez dos princesas nacidas de una reina todo-

poderosa soberana del mundo. La mayor, que heredó el reino de su madre tuvo el secreto pesar de ver que la menor, establecida en un país inmediato, iba creciendo en riqueza, en fuerza, en esplendor, mientras que ella declinaba como debilitada por la edad, desmembrada, tan cansada y tan lastimada que se vió derrotada el día en que hizo un esfuerzo supremo para reconquistar la soberanía universal. Con qué amargura, con qué herida siempre sangrando vió á su hermana reponerse de las más tremendas sacudidas, recobrar su esplendor deslumbrador y reinar sobre la tierra con su fuerza, su gracia y su ingenio. Jamás la perdonaría, fuese cualquiera la actitud con respecto á ella, á aquella hermana envidiada y aborrecida. Esa era la herida en el costado, manando siempre sangre é incurable, esa vida de la una emponzoñada por la vida de la otra, ese rencor de la sangre caduca contra la sangre joven que no se calmaría más que con la muerte. Y hasta en el día quizás próximo que se hiciese la paz entre ellas, ante el evidente triunfo de la menor la otra conservaría en lo más profundo de su corazón el dolor sin fin de ser la primogénita y la vasalla.

—De todos modos contad conmigo,—respondió Pedro.—Es en efecto, un gran dolor, un gran peligro esa enconada disputa entre dos pueblos... pero no diré de vosotros más que lo que creo en verdad pues soy incapaz de hacer otra cosa. Temo mucho que esa verdad no os guste, porque no estáis preparado para ella ni por costumbre ni por temperamento. Los poetas de todas las naciones que han venido aquí y que han hablado de Roma con su cultura clásica, os embelesaron con tales alabanzas, que no parecéis hechos para oír la verdad real acerca de la Roma de hoy. En vano se trataría de la parte soberbia porque de todos modos habría que llegar á la realidad de las cosas y precisamente es esa realidad la que no queréis admitir, aunque no sea más que como amantes de la belleza, muy susceptibles, semejantes á esas mujeres que perdieron su belleza, y á las que desespera la menor observación que las hacen acerca de sus arrugas.

—Sí, por cierto,—dijo Orlando echándose á reír con una risa infantil,—siempre conviene embellecerse algo, ¿á qué hablar de rostros feos? A nosotros no nos gusta en el tea-

tro más que la buena música, los lindos bailes, y los trozos ú obras que agradan. Lo demás, lo desagradable, ¡oh, Dios! ¡Eso ocultémoslo!

—Pero es que confieso de muy buena voluntad y en seguida el error capital de mi libro,—replicó el presbítero.—Esa Roma italiana que deseudé para sacrificarla á la Roma papal, con cuyo despertar soñé, existe y tan triunfante y poderosa ya que es seguramente la otra la que está condenada á desaparecer con el tiempo. Como he observado, en vano se empeñará el papa en ser inmutable en el Vaticano, cada día más agrietado y amenazando ruina, porque todo evoluciona á su alrededor, la sociedad negra se ha convertido en la ciudad gris al mezclarse con la sociedad blanca. Y nunca lo comprendí mejor que en el baile que dió el príncipe Buongiovanni, para celebrar los esponsales de su hija con vuestro sobrino. Salí encantado de allí y conquistado para la causa de vuestra resurrección.

—¡Ah! ¡Estuvisteis!—exclamó el anciano cuya mirada centelleó.—¿No es cierto que presenciasteis un espectáculo inolvidable y que no sospechabais nuestra vitalidad del pueblo que seremos cuando se venzan todas las dificultades de hoy? ¡Qué importa un cuarto de siglo, ni un siglo! Italia renacerá con su antigua gloria en cuanto el gran pueblo de mañana haya surgido de la tierra. Es muy cierto que execro al tal Sacco, porque en mi concepto es la encarnación de los intrigantes, de los ansiosos de goce, cuyos apetitos lo retrasaron todo al arrojarse sobre el cálido despojo de nuestra conquista que nos costará tantas lágrimas y tanta sangre; pero renací en mi muy querido Attilio, verdadera canre de mi carne, tan lleno de ternura y tan valiente que será el porvenir, la generación de personas valerosas cuya llegada instruirá y purificará al país. ¡Ah! ¡Qué el gran pueblo de mañana nazca de él y de Celia, la adorable princesita á la que Stelana, mi sobrina, mujer muy razonable en el fondo, acompañó aquí el otro día para presentármela. Si hubieseis visto á esa niña abrazarse á mi cuello, dándome los nombres más cariñosos, diciéndome que sería el padrino de su primer hijo para que se llamara como yo y salvase á Italia una segunda vez... ¡Sí! ¡Sí! ¡Qué la paz reine alrededor de esa cuna; que el casamien-

to de esos jóvenes sea la unión indestructible entre Roma y la nación entera, que todo se restaure y resplandezca en su amor!

Las lágrimas asomaron á sus ojos, y Pedro, al que conmovió aquella llamarada inextinguible de patriotismo que ardía aún en el héroe imposibilitado, quiso halagarle.

—Ese voto,—dijo.—fué el que hice yo también en la fiesta de sus esponsales, diciendo á vuestro hijo poco más ó menos lo que acabáis de decir. ¡Sí! ¡Qué sus bodas sean definitivas y fecundas; que nazca de ellas el gran país que os desco con toda mi alma que seáis, ahora que aprendí á conocerlos!

—¡Dijisteis eso!—exclamó Orlando.—¡Dijisteis eso! Váenos, entonces os perdono vuestro libro, comprendisteis al fin, y la nueva Roma ¡ahí la tenéis! Esa Roma que es la nuestra, que queremos rehacer para que sea digna de su pasado glorioso y una tercera vez reina en el mundo!

Con uno de sus expresivos gestos en los que ponía todo lo que le quedaba de vida, señaló á través de la rasgada ventana sin cortinas, el inmenso panorama que se desarrollaba.

Roma extendida á lo lejos, de un extremo del horizonte al otro.

Bajo el cielo de color de pizarra, bajo ese cielo de invierno tan raro, la ciudad adquiría una especie de majestad más elevada, la melancólica grandeza de una ciudad reina, hoy día decaída aún y que espera muda é inmóvil en el pesado aire el despertar ruidoso, la realeza reconocida al fin por todos y que de nuevo la han prometido. Desde los barrios nuevos del Vaticano hasta los lejanos árboles del Janículo, desde los rojos tejados del Capitolio á las verdes cimas del Pincio, la oleada de las terrazas, de las torres, de las cúpulas, tenía todo una extensión de océano, con un balanceo continuo de olas profundas y grises.

De una manera brusca volvió Orlando la cabeza y apostrofó, impulsado por un acceso de paternal indignación, al joven Angiolo Mascara:

—¡Y tú, desventurado, ahí tienes á nuestra Roma que quieres destruir con tus bombas, que dices quieres arrasarla

como una casa ruinoso y podrida, con objeto de librar para siempre á la tierra!

Angiolo, hasta entonces silencioso, escuchó apasionadamente toda la conversaci3n. En su rostro imberbe de belleza de joven rubia, reflejábanse las menores impresiones como instantáneos rubores, y sobre todo, sus ojos centellearon cuando oyó hablar del pueblo, de ese pueblo nuevo que había que crear.

—Sí,—dijo lentamente con su pura voz musical.—Sí, arrasarla para no dejar ni una sola piedra; pero destruirla para reconstruirla.

—La reconstruirla,—repitió el adolescente poniéndose en pie y con voz temblona de profeta inspirado;—sí, la reconstruirla; pero grande, hermosa y noble. ¿No se necesita para la democracia de mañana, para la humanidad al fin libre, una ciudad única, el arca de la alianza, el centro mismo del mundo? ¿Es que no es Roma la designada, la que las profecías señalan como eterna é inmortal, aquella en que se cumplirán los destinos de los pueblos? Pero para que sea el santuario definitivo, la capital de los reinos destruidos, en la que se reunirán una vez al año los sabios de todos los pueblos, se la debe purificar primero por el fuego para que no quede nada en ella de las antiguas mancillas. En seguida, cuando el sol haya consumido las pestilencias del vetusto suelo, la construiremos diez veces más hermosa, más grande que ha sido jamás. ¡Y qué ciudad, en fin, de verdad y de justicia, la Roma anunciada, esperada desde hace tres mil años, toda ella de oro y de mármol llenando la campiña, desde el mar hasta los montes de la Sabina y á los montes Albanos, tan próspera y tan prudente, que sus veinte millones de habitantes vivirán con la alegría de existir después de haber reglamentado la ley del trabajo. ¡Sí! ¡Sí! ¡Roma, Madre y Reina, sola sobre la faz de la tierra y para toda una eternidad!

Admirado escuchó Pedro, ¡cómo! ¿hasta eso había ido á parar la sangre de Augusto? Durante la Edad Media los papas no habían podido ser los dueños de Roma sin experimentar la necesidad de reconstruirla, impulsados por su voluntad secular de reinar de nuevo sobre el mundo. Recientemente, cuando la joven Italia se apoderó de Roma, cedió en seguida á esa locura atávica de la dominación

universal, queriendo á su vez convertirla en la más grandiosa de las ciudades, construyendo barrios enteros para una poblaci3n que no se presentó. Y he ahí que hasta los anarquistas, en medio de su rabia de trastorno, estaban dominados por ese mismo ensueño obstinado de la raza, desmesurado esta vez, pues querían una cuarta Roma monstruosa, cuyos arrabales acabasen por invadir los continentes con objeto de poder albergar á la humanidad libertada reunida en una familia única.

Era aquello el colmo, y no se dió nunca prueba más extravagante de la sangre de orgullo y de soberanía que abrasara las venas de aquella raza desde que Augusto le dejó la herencia de su imperio absoluto, con el furioso instinto de creer que el mundo le pertenecía legalmente y que tenía la misi3n, siempre próxima, de reconquistarle. Esto surgía del mismo suelo, una savia que embriagó á todos los hijos de ese mantillo histórico, que los empujaba á todos á convertir su ciudad en la Ciudad que reinó, que reinaría resplandeciente al llegar los días pronosticados por los oráculos. Y Pedro recordó las cuatro letras fatídicas *S. P. Q. R.* (1) de la antigua Roma gloriosa que encontrara por todo en la Roma actual, como una orden de definitivo triunfo dada al destino, viéndolo en todas las murallas, en todas las insignias, hasta en los carros de los basureros municipales que por la mañana recogían la basura.

Comprendió Pedro la prodigiosa vanidad de aquellas gentes deslumbradas por la grandeza de sus abuelos, hipnotizados ante el pasado de su Roma, declarando que en ésta se encierra todo, que es la esfinge encargada de dar un día la clave del universo, y tan grande, tan noble, que en ella todo se engrandece y ennoblece, que llegan hasta á exigir para ella el respeto idolátrico de la tierra entera en la vivaz ilusi3n de la leyenda en que se envuelve en medio de esa intrincada confusi3n de lo que ha sido grande y ya no lo es.

—¡Pues si la conozco tu cuarta Roma,—añadió Orlando, que se divertía de nuevo.—Es la Roma del pueblo, la capital de la República universal que Mazzini soñó antes. Es cierto que le añaía el papa... Ahí tienes, hijo mío, el por

qué nosotros, los antiguos republicanos nos hemos rese-llado. Nuestro temor fué el de ver que el país caía en poder de esos insensatos, de esos locos furiosos que te han trastornado el juicio. Y á fe mía que si nos resignamos con nuestra monarquía es porque ésta apenas se diferencia de una buena república parlamentaria... Vamos, hasta otro día, y que seas cuerdo y no olvides que tu pobre madre moriría de pena si te ocurría algún percance. Ven á que, á pesar de todo, te dé un beso.

Al recibir Angiolo el beso del héroe, se ruborizó como una muchacha. Después se marchó con su aire dulce de soñador despierto, habiendo antes saludado al presbítero con un movimiento de cabeza y sin decir una palabra. Reinó el silencio en la habitación, y al fijarse las miradas de Orlando en los periódicos esparcidos sobre la mesa, habló del tremendo duelo del palacio Boccanera. ¡Aquella pobre Benedetta, á la que él quiso comp á hija adorada en los días de tristeza que pasó á su lado; qué muerte más fulminante, qué trágico destino que se la llevó así en la muerte del hombre al que amaba!

Y pareciéndole extraños los relatos de los periódicos, teniendo el corazón dolorido y atormentado por lo que presentía de ignorado, pidió que le diesen detalles, y en esto estaba cuando de pronto, Prada, su hijo, entró bruscamente, con el rostro torturado por la inquietud y respirando anhelosamente por haber subido muy deprisa. Acababa de despedir á sus contratistas con impaciente brutalidad, sin tener en cuenta la grave crisis porque atravesaba su fortuna comprometida y en vísperas de la ruina, y cediendo á un deseo tal de enterarse de lo que pasaba arriba al lado de su padre, que ni siquiera escuchó á nadie, importándole muy poco saber si la casa se iba ó no á hundir sobre su cabeza. Y cuando estuvo arriba en presencia del anciano, su primera mirada ansiosa fué para examinarle y darse cuenta de si el presbítero, con alguna palabra imprudente, no le había herido de muerte. Estremeciéndose al verle tembloroso, emocionado, hasta derramar lágrimas, al hablar de la terrible aventura. Por un momento creyó que llegaba tarde, que era irremediable la desgracia.

—¡Dios mío! ¿Qué tenéis, padre, por qué lloráis?—pre-

guntó, y se postró á sus pies, arrodillándose, cogiéndole las manos, contemplándole trastornado, con una admiración tan grande que parecía ofrecerle toda la sangre de su corazón para evitarle el menos disgusto.

—Es la muerte de esa pobre mujer,—respondió Orlando tristemente.—Decía al señor Froment cuánto me apenó y que no acertaba aún á explicarme la aventura. Los periódicos hablan de una muerte repentina, y esto es siempre extraordinario.

Púsose Prada en pie; estaba muy pálido. Pedro no había hablado; pero ¡qué minuto más horroroso! ¿Y si respondía y si hablaba?

—Estabais delante, ¿no es cierto?—siguió diciendo el anciano.—Lo visteis todo. Contadme cómo sucedió.

Prada miró á Pedro. Sus miradas se fijaron, entraron la una en la otra. Entre ellos volvía todo á empezar; era aún el Destino en marcha, Santobono encontrado al pie de las pendientes de Frascati con su cestito; era el regreso á través de la melancólica campiña, la conversación acerca del veneno, mientras que el cestito rodaba y se balanceaba suavemente sobre las rodillas del cura; era la *hostería* adormecida del desierto, la pollita negra muerta, con un hilito de sangre violácea en el pico. Después, aquella misma noche el baile de los Buongiovanni que resplandecía, todo un olor de mujeres, todo un triunfo del amor. Era por último ante el palacio Boccanera, negro, bajo la luna de plata, en donde un hombre encendía un cigarro y se marchaba sin volver la cabeza, dejando al obscuro Destino que hiciese su tarea de muerte. Esta historia sabíanla ambos, la revivían; no tenían necesidad de repetirla alto para tener la seguridad de que se habían adivinado hasta el fondo del alma. Pedro no respondió en seguida al viejo.

—¡Oh!—murmuró al cabo.—¡Cosas atroces... horrorosas!

—Sin duda, es lo mismo que sospeché,—dijo Orlando.

—Podéis decirlo todo, porque mi hijo perdonó ante la muerte.

La mirada de Prada buscó otra vez la de Pedro, apoyándola con fuerza, tan cargada de ardientísima súplica, que este último se conmovió profundamente. Se acordó de las angustias de aquél, durante el baile, de la atroz tortura